

FINAL DE FIESTA.

La fiesta había estado muy buena. Abundante la comida, generosa la bebida y un gran júbilo de los asistentes que conmemoraban un año más de experiencia profesional.

Cuando empezaba a alborear, Juan y su mujer decidieron irse a casa. Por prudencia, ella manejaría el automóvil. La persistente llovizna, la modorra y la neblina fueron las causas que originaron que en una curva el carro se despistara y, fuera de control, terminara encajado en un árbol.

De pronto, se sintió levantado por dos seres de estrafalaria presencia que lo querían llevar. Pidió que también recogieran a su esposa. Le dijeron que era imposible porque ella estaba viva.

Lo último que recordó fue que, a modo de despedida, dirigió una postrera mirada al siniestrado vehículo y, reflejándose en la ventanilla, observó como se formaba la cara de un aparecido.

© Manuel